

2 DE ABRIL.

Tolentino.—San Nicolás.—Napoleon.—Murat.—Macerata.—Recanati.—Loreto.—Puerta de la ciudad.—Calle.—Plaza.—Historia de la Santa Casa de Nazareth.

Al despuntar el día estábamos en Tolentino. Espesas tinieblas nos habían quitado la vista de gargantas mal afamadas y de precipicios espantosos en medio de los cuales se atraviesa aquella parte del Apenino que separa la Umbría de la Marca de Ancona. Entre dos montañas poco lejanas una de otra, como ciento cincuenta toesas, había pasado á nuestra vista la gran aldea de *Serravalle* con los muros vacilantes de su viejo castillo, como si hubiera sido alguna vision de las *Mil y una noches*. En el puerto de la Trávia, saludamos de lejos á la izquierda á Camerino, pequeña ciudad que cuenta todavía hoy con orgullo, que ella envió seiscientos hombres, la flor de su juventud, á Scipion para pasar á Africa.

Tolentino, edificada en la Chienta, es una pequeña ciudad interesante solo por los recuerdos que á ella se refieren. El más vivo, el más popular, aunque el más antiguo es el de un pobre religioso llamado con el nombre bendito de San Nicolás Tolentino. Fué uno de los prodigios de penitencia que la misericordia divina envía á los pueblos que quiere consolar. La historia de la época revela el secreto de su mision. Durante treinta años enteros, el santo sacerdote ayunó, oró y edificó á su segunda patria. Murió el 10 de Setiembre de 1303, y el reconocimiento público y la confianza filial que le habían rodeado durante su vida, le rodean seiscientos años despues de su muerte. El cuarto que él santificó con su presencia, los instrumentos de penitencia con los

cuales expiaba sobre su carne inocente las iniquidades de otro, la capilla en donde tantas veces inmoló la augusta Víctima y en la cual descansa su cuerpo sagrado, todo esto es todavía el tesoro, la alegría, el santuario querido de los Tolentinos.

Arrodillados nosotros en aquellos lugares, en presencia de aquellos objetos, testigos de tantas virtudes, mezclamos con amor nuestras fugitivas oraciones á las de tantos otros, repitiendo con el Profeta: ¡Cuán bueno es serviros, gran Dios! que pagais algunos años de trabajo con siglos de gloria, sin perjuicio de las felicidades eternas.

A este recuerdo tan dulce para el cristiano, sucede otro humillante y penoso para el viajero frances. Tolentino recuerda el tratado, ó más bien el acto de odiosa espoliacion por el cual el Directorio, abusando del derecho de la fuerza, robó al Santo Padre el condado Veneciano, Ferrara, la Romania, treinta y un millones de francos, cuadros, estatuas y otros objetos preciosos por una suma incalculable. Diez y ocho años más tarde, el 3 de Mayo de 1815, el cuñado del hombre que había dictado aquellas iníquas y duras condiciones, perdía en el mismo lugar una batalla y un reino.

Atravesando una llanura fértil y bien cultivada, se llega á Macerata. Esta ciudad, de doce mil almas, situada sobre una graciosa colina, ocupa el lugar de la antigua *Helvia Ricina*, cuyas ruinas blanquizas sembradas acá y acullá en las cercanías, dan idea de los huesos humanos en un antiguo campo de batalla. La iglesia de la Misericordia merece ser vista. Su magnificencia recuerda al viajero que está todavía en la patria de las artes, mientras que el Adriático, cuya superficie azulada limita el horizonte, le anuncia que toca á los límites de la Italia. De Macerata se baja á una campiña ó más bien á un vasto jardín

esmaltado de tulipanes nacidos naturalmente como las amapolas en nuestros campos de trigo. Nada es tan agradable como aquel golpe de vista en los primeros días de la primavera; el paisaje entero parece llenarse de gracias á medida que se va uno aproximando al santuario querido de la amable Reina del cielo.

Desde el fondo del valle se eleva el camino serpenteando por el flanco de una larga colina dominada por la ciudad de *Recanati*. Algunos habitantes que habían bajado para buscar agua y madera en la llanura, subían con nosotros hácia la ciudad aérea. Unos llevaban consigo sus fardos; otros los habían descargado en asnos, que son en todos países los complacientes servidores del pobre. Este penoso trabajo, que se renueva todos los días, es una consecuencia de las guerras sin cesar renacientes que desolaron tan largo tiempo á las repúblicas italianas. Para poner su vida, su fortuna, su libertad al abrigo de los bandidos y de la devastacion, cada uno se vió en la necesidad de refugiarse en sus alturas, y por consiguiente á hacer venir de la llanura las cosas necesarias para la vida. Recanati ofrece al viajero un notable monumento de bronce colocado en la fachada del Hotel de Ville y que recuerda la traslacion de la *Santa Casa* al territorio de la ciudad.

Al salir de Recanati tomamos el camino de Mont-Royal y bajamos á una hermosa campiña que sirve de avenida á Loreto. La ciudad aparece á lo lejos, graciosamente sentada en la meseta de una ver de colina. Encima de las murallas se lanza á lo alto el esbelto campanario y la majestuosa cúpula de la basílica. Al ver ésto, el corazón os late fuertemente y luego se aspira á la felicidad de poner los piés en aquella tierra de milagros. Además, por un instante, la atencion es atraída por otro objeto; quiero hablar del acueducto

cuyos arcos gigantescos salen de una colina, atraviesan la llanura, vuelven á entrar por el flanco de una montaña y van á llevar una fuente abundante y pura al centro de la plaza pública de Loreto. Esta obra, digna de los Romanos, se debe al cardenal Scipion Borghese, protector de la Santa Capilla, en el año 1620.

Por fin, llegamos á la puerta Romana. Dos estatuas de profetas, coronadas por una de María, forman el cuadro y anuncian que la reina de la ciudad es la Virgen divina anunciada por los profetas. Hémos aquí en la plaza de los Gallos, llamada así, por una soberbia fuente adornada con un dragon y cuatro gallos que arrojan límpida agua; delante de nosotros se desarrolla la Gran Calle, ó por mejor decir, la única calle de Loreto. Pero esta calle es ancha, larga, de buen pavimento y como la de Einsiedeln, está limitada á uno y otro lado por tiendas en las cuales se venden rosarios, medallas y otros objetos de devocion. Desemboca en la soberbia plaza de la Madona, ejecutada segun los dibujos de San Gallo y terminada por la augusta basílica. En el centro se levanta una magnífica fuente, cuya gran pirámide y cuyo amplio recipiente, están embellecidos con escudos de armas y grupos de águilas, con dragones y tritones de bronce, obras maestras de los dos Jacometti. A la izquierda el palacio apostólico presenta su brillante fachada, y recuerda gloriosamente á los soberanos pontífices, Julio II y Benedicto XIV; en fin, á la derecha está el colegio Ilirico, en el cual los padres jesuitas forman á una numerosa juventud, en la ciencia y en la virtud.

Despues de este primer golpe de vista, al cual siguió un primer homenaje presentado á María en los umbrales de su santuario, entramos al hotel *della Campana*. Algunas horas de descanso, que fue-

rón necesarias por las fatigas del camino, debian preceder á la visita detallada de la Iglesia y de la Santa Casa. Las empleamos en acordarnos de la historia del santo lugar, que voy á referir en pocas palabras.

El Evangelio nos enseña que la Santa Virgen tenia su casa en la pequeña ciudad de Nazareth, en Galilea. Allí vivia con San José, cuando el arcángel San Gabriel fué á anunciarle el misterio de la Encarnacion, que se cumplió al punto en sus castas entrañas. Allí volvió á habitar á su vuelta de la huida á Egipto, con San José y el Niño Jesus. La santa familia no tuvo otra morada hasta la predicacion pública de Nuestro Señor. Este humilde asilo fué, pues, el testigo de la infancia del Hijo de Dios, de sus virtudes, de sus entretenimientos con María su madre, y con José, su padre putativo. Allí se cumplieron en el silencio y en la oscuridad, los inefables misterios de humildad, de pobreza, de obediencia y de amor, que revelados más tarde, han llegado á ser la base del Evangelio y el principio de la más admirable revolucion moral, de que hace memoria el mundo. ¡Júzguese del amor filial y de la veneracion profunda de los Apóstoles y de los primeros cristianos, hácia un lugar á la vez tan elocuente y tan santo! Se comprende que han debido guardarlo con celoso cuidado, y visitarlo frecuentemente; la historia viene á confirmar esta induccion del simple buen sentido. Ella nos muestra, desde la ascension de Nuestro Señor al cielo, una procesion no interrumpida de peregrinos que acuden de todos los lugares del Oriente y del Occidente, á venerar la cuna de la fe católica, la Santa Casa de Nazareth 1.

1. Ob hæc igitur quæ in hac urbe operata sunt mysteria, Apostoli, post Christi in caelos ascensionem, B. M. V. domicilium, in quo ab angelo salutata Christum Dominum concepit, sacris usibus dedicarunt;..... eundemque postmodum,

Después de los Apóstoles y de los fieles de Jerusalem, ved venir á los pontífices del Occidente, á las más ilustres matronas de la Ciudad Eterna, á la reina del mundo, la emperatriz Santa Elena; luego, al Occidente todo entero representado por sus miriadas de caballeros y de cruzados, solemne peregrinacion que fué cerrada por el más ilustre de nuestros reyes. El año 1252, San Luis, estando á punto de volver á Francia, asistió por última vez al oficio divino en la Santa Casa de Nazareth 1. La existencia perpétua y la identidad de la augusta morada, eran hechos incontestables, como hechos que habian tenido por testigos al Oriente y al Occidente durante trece siglos. La descripcion de ellos andaba en todas las bocas y en todos los libros.

La partida de San Luis fué la señal de una invasion de la barbarie musulmana y de su dominacion en la Palestina. La toma de Damietta y el saqueo de Tolenaida hicieron al califa dueño de todo el país. Irritado con sus anteriores derrotas, el nuevo Antioco iba á vengarse con desolaciones y profanaciones inauditas. En este momento solemne la Santa Casa de Nazareth desapareció, sin dejar en el suelo más que sus cimientos cortados por un plano inclinado.

El 10 de Mayo del año 1291, bajo el pontificado de Nicolás IV y bajo el imperio de Rodolfo I, siendo gobernador de la Dalmacia Nicolás Frangipane, de la antigua familia Anicia, y siendo obispo de San Jorge Alejandro Giorgio, nativo de Medrusia, algunos habitantes de las orillas del Adriático habian salido muy temprano para ir á los trabajos del campo. Entre Fuime y la pequeña ciudad de

loco Dei Genitrice peramænum et quod archiepiscopali cathedra præcellerat excitatum fuit templum.—Adricom, in *Zabulon de Nazareth*, n. 73, S. Hieron., epist. 27. ad *Eustoch.*

1 Guillel. de Nangis, de *Gestis S. Ludovici.*

Tersatz, encuentran en un lugar, no léjos del mar llamado Raunizza, un edificio solitario colocado en un lugar en donde hasta entónces no se habia visto nunca ni casa ni cabaña. Corren al punto fuera de sí á anunciar lo que han visto. Llegan de todas partes, se examina el misterioso edificio construido de pequeñas piedras rojas y cuadradas, unidas entre sí por mezcla. Se admira la singularidad de su estructura y su aire de antigüedad; nadie puede explicarse cómo está en pié, puesto sobre la desnuda tierra y sin ningun cimiento.

Pero la sorpresa aumenta cuando se penetra al interior por la única puerta abierta á un lado. El cuarto forma un gran rectángulo. El techo, coronado con un pequeño campanario, es de madera pintada de azul y está dividido en muchos compartimientos sembrados acá y allá de estrellas doradas. Alrededor de las paredes, y abajo del artesonado, se ven muchos semicírculos que están unos cerca de otros y parecen mezclados con jarras variadas en su forma. Las paredes, del grueso de un codo, construidas sin regla y sin nivel, no siguen exactamente la vertical. A la derecha de la puerta se abre una estrecha y única ventana. Enfrente se levanta un altar construido de piedras fuertes y cuadradas que domina una cruz griega adornada con un crucifijo pintado en una tela puesta en madera, en donde brilla el título sagrado de nuestra salvacion: "Jesus de Nazareth, rey de los Judíos." A la derecha del altar aparece una estatua de la Santísima Virgen, de pié y llevando al Niño Jesus en sus brazos. Los rostros están pintados con un color semejante á la plata, pero ennegrecidos por el tiempo y sin duda por el humo de los cirios encendidos delante de aquellas imágenes. La cabeza de María está adornada con una corona de perlas; sus cabellos, partidos como los nazarenos, flotan sobre su cuello; su cuerpo está vestido

con una túnica dorada que, sostenida por un ancho cinturon, cae flotante hasta los piés; un manto azul cubre sus espaldas: una y otra cosa están cinceladas y formadas de la misma madera que la estatua. El Niño Jesus, de un tamaño más que ordinario y de una cara llena de majestad, tiene la cabellera dividida en la frente como la de los nazarenos, de quienes trae vestido y cinturon; está en actitud de levantar los primeros dedos de la mano derecha como para dar su bendicion, y con la izquierda sostiene un globo, símbolo de su poder soberano en el universo.

A la izquierda, cerca del altar, se ve un pequeño armario practicado en la pared, que parece destinado á recibir los utensilios necesarios para un pobre servicio de mesa; contiene algunas pequeñas jarras ó escudillas, semejantes á las que usan para tomar alimento los pobres habitantes de los campos. En fin, cerca de allí se ve una especie de chimenea ú hogar coronada con un nicho y sostenida por columnas adornadas de candelabros. Tal era la disposicion del misterioso edificio.

¿De dónde viene? ¿Cuál es aquella morada desconocida? ¿Qué mano la ha trasladado repentinamente á un lugar en donde jamas se ha visto habitacion? ¿qué poder la sostiene sobre el suelo sin ningun fundamento? Hé ahí las preguntas que todo el mundo hace y á las cuales nadie puede responder; el estupor es general. Repentinamente se ve venir al obispo Alejandro con paso violento y seguro y con el rostro radiante de felicidad; nuevo objeto de asombro. Todo el mundo sabia que el santo obispo, atacado hacia tres años de una hidropezia declarada incurable por los médicos, estaba de tal modo enfermo que hacia largo tiempo que no podia dejar el lecho, del cual se esperaba dia á dia que bajara al sepulcro. En medio del silencio que exige su aparicion in-

esperada y milagrosa, cuenta en estos términos lo que le ha sucedido: "Estaba moribundo en mi lecho cuando vinieron á darme noticia de esta casa desconocida. He conjurado á la Santísima Virgen á que me consiguiese bastantes fuerzas para venir yo mismo á visitar este santuario maravilloso é implorase su poderoso socorro, resuelto á hacer que me trajeran si no podía venir yo mismo. La Santísima Virgen, movida con mi deseo, se me apareció resplandeciente de luz y me ha dicho: "Alejandro, vos me habeis invocado; hé aquí que he venido á vuestro socorro. Sabed que la casa que acaba de aparecer en este país es la casa misma en que yo nací en Nazareth, en donde recibí la visita del ángel Gabriel, en donde el Verbo se hizo carne en mi seno. Sed vos mismo para todo el pueblo la prueba viviente de la verdad de mis palabras, sanad. La Santa Virgen desapareció y he quedado sano." Arrodillarse al punto, bendecir á su bienhechora, correr al augusto santuario para darla las gracias, todo esto fué á la vez para el venerable obispo la primera necesidad de su corazón, y para todo el pueblo la prueba brillante de que aquella visita sobrenatural no era una quimera criada en un cerebro agitado por el dolor.

Entre tanto la noticia del prodigioso acontecimiento llega á oídos del gobernador de la Dalmacia. Acude, toma los informes más minuciosos, interroga, ve por sí mismo, y en fin, para asegurarse por una prueba material y sin réplica de la verdad, decide que cuatro comisarios, escogidos por su mano, salgan inmediatamente para Palestina con los planos y las dimensiones de la misteriosa capilla, que se aseguren por sí mismos y digan bajo la fe del juramento: 1.º Si la casa de la Santa Virgen en Nazareth, conocida por toda la cristiandad, ha desaparecido realmente

sin que se sepa lo que ha sido de ella, ni qué mano la ha quitado. 2.º Si han quedado los cimientos ó basas. 3.º Si su figura y sus dimensiones cuadran con las paredes de la casa que acaba de llegar. 4.º Si la naturaleza de la piedra es la misma. 5.º Si es idénticamente el mismo género de construcción, de suerte que sea imposible negar que aquellas basas que quedan en Nazareth y la casa recientemente aparecida en Tersatz sean el mismo edificio en dos partes.

Los cuatro comisarios, igualmente eminentes en ciencia y en virtudes, parten para Palestina. Se dirigen á los cristianos de Nazareth y les preguntan dónde está la casa de la Santísima Virgen. Estos les responden llorando que ha desaparecido hace poco tiempo sin que se haya podido saber qué ha sido de ella; que aún pueden enseñar los cimientos y nada más; que no pueden imaginarse cómo se ha podido robar aquella santa casa sin dejar en su lugar más que los cimientos cortados. Los comisarios son llevados al lugar y verifican con sus ojos la relación de los cristianos. Para cumplir su mandato se ponen á tomar la longitud, la latitud, las dimensiones de los cimientos; estudian la naturaleza de la piedra, el género de construcción, calculan el tiempo que ha corrido entre la desaparición de la casa y su llegada á la Dalmacia. Todo lo encuentran de una exactitud perfecta. Escriben su testimonio, lo envían al gobernador, lo confirman con un juramento solemne y repiten veinte veces delante de toda la provincia lo que han hecho y lo que han visto.

El hecho queda demostrado. Tersatz tiene la felicidad de poseer la Santa Casa de Nazareth. La Dalmacia entera, la Bosnia, la Servia, la Albania, la Croacia, todas las provincias parecen vaciarse, para extender sus habitantes en aquella tierra fa-

vorecida del cielo. Pero ¡ay! ni los homenajes de los fieles, ni la abnegación del soberano, pudieron fijar en aquellos lugares el inestimable tesoro; tres años y medio después de su llegada desapareció la Casa de Nazareth á la vista de aquellos cristianos desolados.

La venerable cuna de la augusta Reina, llevada en manos de los ángeles, fué á descansar al centro de un bosque de laureles, en el territorio de Recanati. Nuevos prodigios, que sería demasiado largo referir, señalaron su presencia. Innumerables peregrinos que acuden de toda la Italia y de la Dalmacia la visitan, la reconocen y derraman lágrimas, unos de alegría y otros de inconsolable dolor. A poco tiempo de esto no vuelve á encontrarse ya la Santa Casa; ha venido á descansar á tres millas de la ciudad de Recanati en un pequeño montecillo inmediato á un gran camino. La piedad pública ha tomado un nuevo impulso y ya no se pone en duda el nuevo prodigio. Cuatro meses después se operó una nueva traslación; el misterioso santuario es encontrado en el centro de la vía pública que conduce de Recanati á la orilla del mar. Allí es donde está hoy todavía; es Loreto.

¿Se pregunta sin duda por qué tuvieron lugar estas diferentes traslaciones en el intervalo de algunos años? ¿Qué somos nosotros para conocer los pensamientos de Dios y penetrar el secreto de sus designios? Sin embargo, ¿no puede contestarse que con estas diferentes traslaciones encadenadas entre sí y confirmadas, Dios haya querido dar á este prodigio una evidencia tal que fuese imposible ponerla en duda? En efecto, la atención pública, entera, fija en este prodigio inaudito, provocó nuevas investigaciones; estas investigaciones fueron seguidas de nuevas pruebas que han elevado su demostración á la última potencia.

En efecto, la asombrosa relación de lo que pasa en el territorio de Recanati fué comunicada al Papa Bonifacio VIII. En esta circunstancia, como en todas las demás, Roma obró con la prudente reserva que la caracteriza. El Santo Padre manda al obispo de Recanati que ponga un cuidado particular con el precioso depósito, cuya identidad manda demostrar de nuevo.

El consejo del Pontífice es una orden: el año 1296, una célebre diputación compuesta de catorce caballeros, sale de Recanati, lleva las medidas y los planos del santuario nuevamente llegado á Loreto; pasa á Dalmacia, cuyos inconsolables habitantes enseñan el lugar ocupado en otro tiempo por la Santa Casa. Los enviados examinan con cuidado la capilla edificada sobre aquel terreno, según el modelo de la que durante tres años había descansado allí. Aplican á este monumento las medidas de la casa de Loreto, y encuentran una entera y perfecta conformidad. Observan además que el mismo día que vió desaparecer el santuario de Tersatz, le ha visto aparecer en el territorio de Recanati.

Los caballeros se dan á la vela y llegan á Palestina. Lo que habían hecho cinco años antes los comisarios dalmatas, lo renueva con mayor atención todavía, si es posible, la diputación de Recanati. La existencia de los cimientos, la desaparición de las paredes, la naturaleza de la piedra, la longitud, latitud, la configuración del sitio; todo se examina y se compara con los planos y los modelos de Tersatz y de Loreto. La identidad es perfecta.

A vista de esto, la alegría estalla, las lágrimas corren con abundancia; se vuelve á emprender la marcha con el gran gusto de llevar la certidumbre palpable de que Loreto posee el más precioso de todos los

tesoros. Se llega á la presencia del pueblo y de los magistrados, y se da el testimonio bajo la fe del juramento; se forma y deposita en los archivos de la ciudad, á fin de perpetuar el recuerdo de un acontecimiento tan digno de ser trasmitido á todas las edades. Véase cómo para demostrar el prodigio, la fe cándida y sencilla de nuestros padres, obró exactamente del mismo modo que podría hacerlo la alta razón de la Academia de las ciencias, ó el espíritu suspicaz y desconfiado de nuestra época.

A la demostración de la ciencia, quiso el cielo añadir su testimonio. Además del prodigio perpétuo de la aparición y de la traslación del santuario; además de la curación del obispo Alejandro, y de la revelación de San Nicolás Tolentino, estallan por todas partes milagros particulares y palpables en confirmación del hecho que ocupa todos los espíritus. La fe pública se ha fijado además en un fundamento inmutable como la roca. La Europa entera se agita. Aquella procesion inmensa y solemne que durante trece siglos llegaba á Nazareth de todas las partes del Oriente y del Occidente, cambia su curso y se dirige hácia la feliz colina de Loreto. Esta procesion, que comenzó hace seiscientos años, continúa siempre; en sus filas ha visto todo lo que el mundo civilizado conoce de más sabio, de más grande, de más ilustre, de más santo, de más augusto, mezclado con todo lo que hay de más pobre y de más sencillo. Los pueblos y los reyes, los emperadores y las emperatrices, los Papas mismos han venido á presentar sus humildes oraciones y sus magníficas ofrendas á la bienaventurada casa de María, y á cumplir solemnemente la profética palabra de la Virgen de Judá: "De hoy en adelante, todas las naciones me llamarán bienaventurada."

Tal es en compendio la historia de la

Santa Casa de Loreto, que veremos mañana 1.

3 DE ABRIL.

Impresion.—Misa en la Santa Capilla.—Descripción de la iglesia.—Del monumento que rodea la Santa Capilla.—De la Santa Capilla.—La Sacristía.—El Tesoro.—El Palacio apostólico.—La Botica.—Las señoras del Sagrado Corazon.

Al remover las pruebas del milagro, la historia de la *Santa Casa* forma en el alma del viajero, yo no sé que indecible mezcla de fe, de respeto, de temor, de confianza y de alegría; teme y desea el momento solemne en que le sea dado ver la gran maravilla. Penetrados de este doble sentimiento, pasamos la puerta de bronce de la basílica, y fijando la vista en la Santa Capilla levantada en el centro del santuario, fuimos á prosternarnos al umbral de la puerta. Allí no se vive más que por el corazón; los sentidos se cierran, y todas las potencias del alma absortas en un solo objeto, se aplican en cierto modo en los sentimientos que inspira. Unos instantes más, é íbamos á entrar á aquel santuario profundamente venerable; y yo, como sacerdote, iba á subir á aquel altar adonde había subido San Pedro, y después de él tantos santos del Oriente y del Occidente. A vista de aquellos lugares que fueron los felices testigos del misterio de la Encarnación, el gran misterio se os presenta en todos sus pormenores; los

1 La historia de la Santa Casa ha sido escrita en todo ó en parte, por más de ciento cincuenta autores de todos los países y de todas condiciones. Se puede consultar la que acaba de publicar el señor Abate Cailleau, un tomo. Yo he seguido á Torsellini, á Giannizi y á Antonio Gaudenti, arcediano de Loreto. Se puede también consultar á Benedicto XIV, de *Festis, y la Biblioteca Ecclesiastica* de Zinelli, t. III, p. 256.

personajes están ante vosotros; se animan, se ven y se oyen.

Hace mil ochocientos cuarenta y tres años 1 un arcángel resplandeciente de luz fué enviado del cielo á la tierra para llevar la más grande, la más consoladora noticia que sea dado saber al género humano. Bajó á Nazareth de Galilea, á una pobre y pequeña casa. Y esta casa héla aquí; la estoy viendo con mis ojos y tocando con mis manos.

En esta casa habitaba una joven virgen humilde y modesta, allí había nacido, en ella vivía, era la casa de sus padres; y esta virgen se llamaba María.

Y esta casa héla aquí; la veo con mis ojos y la toco con mis manos.

El ángel la saluda con profundo respeto y le anuncia la elección augusta que Dios ha hecho de ella, y María inclina su cabeza virginal y el Verbo se hace carne en su seno, en aquella casa.

Y esta casa héla aquí; la estoy viendo con mis ojos y tocando con mis manos.

Y el Verbo divino que creó el mundo, que le ha regenerado, habitó en una forma visible entre los hombres, sometido á José y á María, viviendo con ellos en su pobre casa.

Y esta casa héla aquí; la veo con mis ojos y la toco con mis manos.

¡Hé aquí las mismas puertas, cuyos umbrales pasó tan á menudo; las mismas paredes que han visto su trabajo, su obediencia, su pobreza, que han oído su voz divina, la voz de su Padre, la voz de su Madre! ¡Oh paredes demasiado felices, hablad pues! contad al mundo los inefables misterios de que fuisteis tan largo tiempo testigos.

Habiendo llegado la hora de la misa, subí al altar. En el momento de la consagración, las miradas del sacerdote caen

1 Ahora, mil ochocientos setenta y dos.—N. del T.

sobre aquellas palabras escritas en gruesas letras de oro sobre las gradas del altar: HIC VERBUM CARO FACTUM EST, "AQUI SE HIZO CARNE EL VERBO." Y el sacerdote ha pronunciado las divinas palabras, y el gran misterio se cumplió de nuevo. ¡Oh Dios mío! ¡que el sacerdote no pueda ser María para sentir dignamente su felicidad!

Bajo la inteligente dirección de un penitenciario de Loreto, á quien estábamos recomendados, pasamos el día en el examen de la basílica y de la Santa Capilla. Se entra á la basílica por tres puertas de bronce, más notables todavía por el trabajo que por la materia. La del medio más alta y más amplia que las demás, presenta en sus dos hojas los principales hechos del Antiguo Testamento en relación con los del Nuevo; de un lado la figura y la profecía; del otro, la realidad y el cumplimiento. Las páginas de la grande epopeya cristiana, que no han podido ser escritas sobre la puerta del centro, se encuentran sobre las puertas laterales en serbios medallones rodeados de arabescos. Como complemento, ó más bien como irradiación de las tradiciones sagradas, aquellos cuadros están acompañados de pequeñas estatuas que representan á las Sibylas. ¿A dónde viene á concurrir toda aquella larga marcha de los siglos antiguos? ¿Cuál es el objeto de todos los oráculos y de todas las promesas? Levantando la vista encima de la gran puerta, hácia el centro del frontispicio, se percibe una magnífica estatua de bronce, de la Santísima Virgen, teniendo á su divino Hijo entre sus brazos. Este grupo divino, obra maestra del Lombardo, os responde: Yo soy el principio y el fin, el alfa y el ómega de todas las profecías y de todos los acontecimientos del mundo antiguo.

La iglesia forma una cruz latina, cuyo centro está coronado por una magnífica cúpula, adornada con una linterna, que el